

Panamá, 30 de Noviembre de 1916.

AÑO

I



PRELUDIOS

Organo publicado mensualmente por los años superiores del
Instituto Nacional.

NUM.

7



LUIS A. PONCE

DIRECTORES:

JORGE A. PRIETO

“PRELUDIOS” EN EL EXTERIOR

Por el último correo del sur hemos recibido varias misivas, entre ellas la tarjeta que a continuación insertamos:

Buenos Aires, Octubre de 1916.

Señores Directores de PRELUDIOS.—Panamá.

Señores de mi consideración y respeto:

La Biblioteca AMÉRICA de la Universidad de Santiago de Compostela, España, los ha contado a ustedes entre sus favorecedores entusiastas, contribuyendo así al desarrollo ascendente de la importante Institución americana que tan elevados fines persigue. Como iniciador me complazco y honro expresándoles en nombre de aquella, sincera gratitud a la vez que me permito rogarles quieran dignarse continuar favoreciéndola con sus donaciones de libros, medallas, etc.

Hago votos fervientes por su felicidad personal a la vez que me reitero muy atentamente S. S.,

GUMERSINDO BUSTO.

Desde la época de su fundación, en 1904, la Biblioteca «América», de cuya loable labor nos ha enterado la lectura de su simpático boletín, tiende al acercamiento de los hijos de los pueblos hispano americanos con la madre patria España.

Los elogios que pudiéramos tributar a esta grande institución resultarían pálidos ante la magnificencia de su obra y del desinterés de su fundador, señor Gumersindo Busto, quien ha sabido hasta ahora sostener muy en alto el ideal que se propone alcanzar.

PRELUDIOS, órgano de una juventud fuerte y animosa que siente hervir en sus venas la sangre latina, no puede permanecer impasible al llamamiento que le hace el espíritu de su raza. Así, pues, PRELUDIOS, deseando ardientemente coadyuvar, en lo que esté a su alcance, en la plausible idea del señor Busto, suplica encarecidamente a los autores nacionales que no hayan tenido aún comunicación con la Biblioteca «América», se sirvan enviar al señor A. Batista Tejada, Instituto Nacional, los libros hijos de sus plumas meritorias, con el fin de poder corresponder a los deseos del fundador de la Biblioteca mencionada, que funciona en la Universidad de Santiago de Compostela, España.

No dudamos de que los autores nacionales, desde el poeta que diluye los arpegios de su lira en bellas estrofas hasta el prosista pensante y vigoroso, no dudamos, repetimos, que sabrán corresponder a este nuestro deseo, cual es el de que nuestra cultura literaria sea algo más conocida en el exterior e influya en el acercamiento intelectual ibero-americano.

Hay muchas maneras de manifestar el patriotismo; decimos esto por la mucha satisfacción que hemos experimentado al ver que ya ha habido panameño que se haya interesado, antes que nosotros, en labor tan meritoria y patriótica. En efecto, con fecha de Octubre de 1912, aparece una donación a la Biblioteca «América» de algunas obras nacionales, cuidado que se tomó nuestro progresista e ilustrado Secretario de Instrucción Pública, señor Guillermo Andreve.

Enterado queda pues, el público de nuestros deseos y esperanzas; ojalá no se vean defraudados.

CANTO A LA RAZA

Para Ramón E. Mora, que en tierra sajona siente la nostalgia del terruño.

Raza latina, raza grande, noble y pura como el diamante, aquilatada como el oro, raza que dominó al mundo, que se divirtió en el circo y que refina en su cerebro la perfección del pensamiento humano. Tu genealogía es gloriosa y sublime, descendiente de Eneas te esparciste primero por la romántica y dulce Italia; sus cielos azules y puros ilu-

minaron tus facultades, el Adriático y el Tirreno siempre gimientes a tus costados, te enseñaron la canción eterna de las ondas, y tras el ósculo inmaculado de sus brisas impreso en tu frente, amortajaban tus playas de caracoles y de conchas para hacerte así más bella; los Apeninos airosos te hicieron comprender la enorme distancia que existe en-

tre lo inmensurable y lo inconmensurable; y el Etna y el Vesubio te dieron la arrogancia que se enseñoreó en tus venas.

El creador vigila tu destino, te dio por pedestal la enorme bota que se extiende desde los Alpes hasta el Mediterráneo; puso en el norte una muralla, blanca y reluciente como el mármol, coronada de lagos que son el eterno idilio de los que poseen la dicha de ensoñar; en lo demás, un mar de cielo con espumas de sol. Pero no cupiste en tu alcázar olímpico, llena de sangre y vida cruzaste tus fronteras apoderándote del Orbe; y desde entonces acá tu epopeya no ha concluído; te deslizaste por la Riviera y le transmitiste al galo soberbio tu bravura imperial; venciste a Cartago apoderándote de la Ibérica amada que en profundo letargo la tenía el Atlante a los golpes de su oleaje, no admiró la disciplina de tus legiones vencedoras, ni el caracoleo de tus caballos en acción. Sus legionarios se pasearon de este a oeste, del setentrion al mediodía, no hubo río conocido donde no abrevaran tus corceles de guerra, y donde el romano victorioso y hercúleo no luciera su pica y su escudo de combates.

Raza de patricios y de plebeyos que derribó a Cartago, a Grecia y Macedonia, a Egipto y Siria, que formó el más grande imperio conocido, que creó una época, que dio a César y Cicerón a Virgilio y Horacio, que instituyó la Democracia y fundó la Libertad. ¡Salve!

Raza grande en la palabra y en la acción, motor de las bellas artes, de la más refinada estéti-

ca, cerebro y luz de las humanas sabidurías; de sangre de fuego en sus venas que no conoce la esclavitud porque conoce su supremacía; raza que decapitó a Luis Capeto y que paseó humeante, sobre tronos inundados de sangre, el oriflama de la redención de los pueblos: el estandarte de la Gran Revolución; que dio a la civilización un continente nuevo donde la cansada humanidad debía recrear por siglos sus ojos marchitos de tanto soñar.

¡Salve raza viril, gloriosa y legendaria! La antigüedad es tu Alfa, tu soberanía se dilató por todas las tierras bañadas por el Ponto Euxino y el Mare Nostrum como bien lo llamaste; atravesando las Columnas de Hércules tu soberanía se posó en la brumosa Albión y en la esmeráldica Irlanda. Jamás pueblo alguno se ha visto colmado de glorias tantas.

Se volvió a repetir tu epopeya con la Revolución Francesa; el mundo aterrado volvió a sentir el peso férreo de tu pujanza y tus ideas triunfadoras hicieron eco en el corazón de la humanidad entera; de nuevo Vercingetorix se levantaban en la Galia, ya no hubo César que lo contuviera, y las águilas del corso formidable volaron victoriosas desde el Tajo hasta las Pirámides y el helado Neva, para hallar luégo sepultura en Waterloo heridas mortalmente por el certero disparo del Azar.

Tal es tu Beta; mucho te falta para llegar a la Omega, mas cuando llegues yo te auguro que será una eterna gloria, la más hermosa que hayan visto las edades.

Pero ésta no es solamente tu grandeza, has tenido, sí, los genios militares más grandes: César y Napoleón; pero tus mayores triunfos están en las artes, las letras y las ciencias. Dejad que pase esa falanje incontrastable que ha tenido por único culto el pensamiento, por única labor la idea. La forman: Cicerón, Juvenal, Lucrecio, Salustio, César, Varrón, Catulo, Quintiliano, Plauto, Pomponio, los dos Plinius, Virgilio, Ovidio, Horacio...
Rabelais, Montaigne, Pascal, Pasteur, Levoisier, Boileau, Molière, Racine, Corneille, Le Sage, Voltaire, Montesquieu, Rousseau, Buffon, Victor Hugo.....
Dante, Petrarca, Ariosto, el Tasso, Galileo, Vinci, Miguel Angel, Rafael.....Camoens...
Cervantes, Lope, Calderón, Tirso, Moreto, Rojas, Goya, Murillo, Velázquez.....
En esta América: Bello, Cervo, Sarmiento, Montalvo, Heredia.....

Este desfile de cerebros traídos al momento, forma un conjunto monstruoso: es como una constelación que aterra a los sistemas planetarios y resignada al fin a no encontrar donde posarse vaga y vaga por el azul infinito del saber.

¿Qué decir después de haber expuesto lo más grande que la humanidad ha visto y tenido, producto de esa raza latina que fundó Rómulo sobre el Palatino bajo la tolda eternamente sonriente del Lacio? ¿Sus hechos y sus obras no ocupan puesto preeminente en ese museo sin límites que se llama la Historia? ¿No son la grandeza de Roma, la Re-

volución Francesa y el descubrimiento de América las cumbres de la Historia?

La misma Naturaleza lo comprende; así lo grita la etnografía, así las voces unánimes de los cielos infinitos y los astros refulgentes, así el Océano que ruge en su cárcel cual Prometeo encadenado, y se retuerce y gime contándole a los evos tu grandeza como un fábula mitológica, así lo gritan tus laureles, así las guerras púnicas, así la batalla de Lepanto, así las cóleras napoleónicas.

Sí, raza latina, tú eres la heredera de ese pueblo esencia de la creación que se llama Grecia, por eso después de ella estás tú; tras de Alejandro, Napoleón y César; tras la toma de Troya, las tomas de Numancia y Cartago; tras los poemas homéricos, el *Romancero* español; tras la tragedia de Esquilo y Sófocles, *La Divina Comedia*.

No veo, no encuentro quienes te superen descendientes de ese grande difunto que se llamó Imperio Romano; tendrás quienes te igualen, tendrás la raza de Guttenberg y Lutero que muy cerca anda de tus pasos, pero no habrá quien pose su pie en escalón superior al que ocupa el tuyo.

Los horizontes sin límites admiten todas las creaciones, ha dicho Víctor Hugo. Por eso tú ¡oh raza latina! has tenido de todo: viste Nerones y Marco Aurelios, Mesalinas y Lucrecias, Césares, Régulos, Napoleones, Bolívars. ¡Salve!

AGUSTÍN BATISTA TEJADA.

CONSIDERACIONES

ACERCA DE LA DECADENCIA DE UNA LITERATURA



Para Gil Tapia, afectuosamente.

La estrella de los Lópes y de los Tirso palidecía a ojos vistas. España, la España de los líricos, caminaba, poco a poco primero, a grandes pasos luego, por la senda de decadencia que había de conducirla a la postración cultural, literaria y científica, que registran los anales de su historia hacia los últimos lustros del siglo XVII y gran parte del XVIII.

Sucede siempre, en la historia de naciones y civilizaciones, que después de una era de prosperidad intensa —política o literaria— el ánimo de los pueblos aparece como cansado, con que da lugar a una apatía y decaimiento de espíritus, no de otro modo explicables. Tal parece haber sucedido en Grecia, cuando se apagó con Eurípides la rutilante estrella del trágico religioso del teatro heleno; tal en Roma, luego del reinado de Augusto César y su brillante cohorte de poetas y filósofos.

Nada de particular tiene, pues, el que la musa hispánica, fatigada y al parecer exhausta, haya dejado de producir, durante unos pocos lustros, con la misma amplitud y vigorosidad que lo hiciera en el Siglo de Oro, edad feliz y gloriosa de las letras castellanas.

Pero lo que sí deja el ánimo en suspenso, lo que apenas es con-

cebible, es el considerar cómo la poesía (nos referimos sólo a la poesía por ser ésta la que más sufrió) descende de las encumbradas cimas en que la colocaran los Moretos, los Argensolas y los Garcilasos, hasta caer en los abismos degradantes a manos del fraile Juan de la Concepción, Comella y otros.

La antigua inspiración ya no existe; cesó con la degeneración del espíritu caballeresco que tan peculiar era del siglo dorado; las sabrosas leyendas de caballeros y escuderos se han perdido a través del rápido correr de los años, y la sombra de don Quijote, tan pródiga en ideales nobles e inspiradores, ha volado hacia extranjerías regiones: sólo impera Sancho Panza con su torpe idiosincrasia.

Este abatimiento de los espíritus tal vez deba no poco a la visible decadencia política del floreciente y poderoso imperio de Carlos V y Felipe II, como también a la repugnancia y desconfianza, innatas en el español de la época, a aceptar e imitar las literaturas extranjeras. Sumidos en la contemplación de sus glorias y héroes pretéritos, el presente no era entre ellos objeto de cultivo intelectual; enorgullecidos con su literatura y con los clásicos del gran siglo, giraban

alrededor de ellos sin poder imitarlos debidamente ni mucho menos igualarlos.

La fe cristiana, fervorosa y ardiente en tiempos de Cervantes y Calderón, había venido también a menos; no se sentían, no, en los comienzos del siglo XVIII, el suave y perfumado misticismo que respiran los escritos de Teresa de Jesús ni la urente inspiración del Doctor Extático; la ternura sin igual de los versos de Fray Luis ni las severas concepciones de Luis de Granada.

Con todo, la decadencia de las letras españolas fuera menos intensa, a no haber concurrido un factor, en que aún no hemos reparado, es a saber, el afán predominante de escribirlo todo recóndito y de difícil inteligencia.

En efecto, el gongorismo, o de otro modo, el conceptismo, acabó de corromper y estragar la poesía, desvirtuándola y dándole un carácter que no era seguramente el que mejor la convenía.

Podría creerse, dada la laxitud intelectual a que venimos haciendo referencia, que la producción literaria fuese exigua en los comienzos del siglo XVIII; pero es lo cierto, como lo expresa muy bien Merimée, que una abundancia estéril caracteriza la poesía lírica en este período. Muchos son los poetas, o los que presumían de tales, que podrían ser citados para corroborar lo dicho; pero preciso será que nos contentemos con nombrar sólo algunos, por cuanto el espacio disponible apenas alcanza para bosquejar levemente un tema de suyo tan vasto y rico en detalles.

Quizás, de todos los poetas de ese entonces, es Gerardo Lobo quien mejor pulsaba el plectro, por lo bien que supo ceñirse al verdadero carácter de la poesía; no queremos expresar con esto que su lira fuese completamente extraña a la corrupción imperante, porque ello sería pedir un imposible a un escritor del siglo XVIII; pero, como dice Augusto de Cueto, reina en ella todavía el libre espíritu de la musa castellana.

Otros de los poetas dignos de ser notados son Gabriel Álvarez Toledo e Ignacio de Luzán; el primero, de quien dice Fitz Maurice Kelly que tuvo algún inquietante presentimiento de la teoría evolucionista, fue poeta de ingenio y de no escasa inspiración; pero los conceptos hiperbólicos y las metáforas exageradas abundan en sus poesías más de lo que fuera de desear. Luzán, que junto con Toledo hizo campaña contra el gongorismo, a pesar de no haberse sustraído ambos a su influencia fatal, fue un talento de grandes alcances y autor de una Poética, por el estilo de la de Despréaux, de quien era gran amigo y admirador. Como prosador se distingue Luzán más que como poeta, pues en las más de sus composiciones poéticas mejor lucen sus preceptos y erudición que su inspiración e ingenio.

Si la poesía lírica, en este período, llega al máximo de su decadencia y corrupción, aun más corrupto y decadente se muestra el teatro. En efecto, exceptuando a Zamora y Candamo, Cañizares y García de la Huerta, Ramón de la Cruz y Leandro de

Moratín, los demás, con alguna que otra salvedad aún, no merecen ser considerados entre los cultivadores del teatro.

Los tres últimos autores citados, sobre todo, ejercieron decisiva influencia en la intrusión, en el teatro castellano, de obras cómicas y trágicas pertenecientes a otras literaturas, en particular a la francesa. Con el advenimiento al trono español de Felipe V, nieto del Rey Sol, la influencia de la literatura galo-clásica pareció tomar algún incremento, aunque es lo cierto que de no haber existido este rey, repetiríamos con Menéndez y Pelayo, el resultado hubiera sido el mismo, por cuanto las letras españolas obedecían a una ley ineludible de cultura europea, consistente en pasar por las diferentes condiciones de inspiradoras e inspiradas.

Gran beneficio fue el que derivó el teatro hispánico de las creaciones venidas de allende los Pirineos; con ello se consiguió lo que de otro modo imposible habría sido conseguir, esto es, el rompimiento de las viejas trabas, el explayamiento de la imaginación hacia nuevos ideales y, lo que es mejor, el nuevo rumbo que se vió obligada a seguir la literatura en general y en particular el teatro, cuyo alejamiento del de Lope y Alarcón es evidente, debido, sin duda, al forzoso cambio de idiosincrasias y, por consiguiente, de gustos.

Tócanos ahora hablar algo de los géneros en prosa y de los que en ellos se ocuparon, con que daremos por terminada esta humilde disertación.

Entre los que con más acierto rindieron culto a la prosa en el siglo XVIII, se encuentra Feyjoo, fraile benedictino, hombre de vasta erudición y gran saber; su estilo, empero, deja a veces mucho que desear, debido a los giros oscuros que lo afean y hacen muy difícil su perfecta comprensión.

No menos dignos de mención son: el padre Isla, elegante y pulcro traductor del «Gil Blas» de Le Sage, cuyo genio crítico se desborda en su libro magistral «Fray Gerundio de Compazas»; Gaspar Melchor de Jovellanos, hombre de recto criterio y autor de obras en prosa de positivo valer; Gregorio Mayans y Siscar, erudito historiador y autor de valiosos estudios cervantinos.

Los autores citados, de mérito indiscutible y casi todos pertenecientes al neo-clasicismo o resurrección de las letras hispanas, encarnan en sí el esfuerzo de un pueblo que pugna por libertarse de la lamentable condición en que lo sumiera el culto incalificable de una secta literaria, que éste y no otro es el calificativo que merecen las extravagancias de Góngora y sus secuaces.

JORGE A. PRIETO.



CAUTIVO

Para el álbum de M.

Prisionero sufrido, prisionero canoro
que deleita a las niñas con su canto sonoro,
el canario parlero recordaba su amor;¹
en la jaula dorada que le tiene cautivo
que le priva ser libre sin razón ni motivo,
de este modo cantaba su profundo dolor:

“Yo recuerdo el aroma de los prados amenos
dó¡las rosas fragantes y heliotropos rellenos
se besaban temblando con los rayos del sol;
yo recuerdo el arrullo de las auras parleras
al pasar rumorosas, al besarse ligeras
con los pétalos suaves del precóz girasol.”

“Yo recuerdo las horas que pasaba extasiado
por los trinos süaves de mi amada arrullado,
con el pecho oprimido por un hondo pesar;
yo recuerdo mi nido tapizado de plumás
de la albura marina de las albas espumas,
cuyo blando regazo convidaba a gozar.....”

“Y yo lloro mi suerte que me impone la vida
de un alma amorosa de su bien desprendida
que se muere abrasada por el fuego de amor;
y desprecio a los hombres engañosos y fieros
que con gestos horribles y ademanes severos
insensatos pretenden ahuyentar mi dolor.....”

“Los arpegios que entono en las tardes de estío
que semejan murmullos de las ondas del río,
son las quejas que brotan en gentil floración;
las estrofas galantes que compongo en mi idioma
que recuerdan arrullos de inocente paloma,
son los lloros de mi alma que yo trueco en canción.

“Los susurros cadentes, los perfumes de flores,
las canciones armónicas de mil ruiseñores
que sollozan de gozo, que suspiran de amor,
para el pobre cautivo que en su cárcel se muere
le parece que insulta, le parece que hiere,
le parece que aumenta su perenne dolor....”

“No quisiera que un ave peregrina trinara.....
No quisiera que el aura pasajera cantara.....
No quisiera ser ave, no quisiera sentir;
no quisiera ver nubes, ni plantas, ni flores
que recuerdan los goces de pasados amores;
no quisiera ser ave, no quisiera vivir.....”

Y el canario cautivo, prisionero canoro
que deleita a las niñas con su canto sonoro,
con las más bellas notas estos versos cantó;
y después de vaciado su dolor en los vientos
con compases extraños, cadenciosos y lentos,
el canario cautivo para siempre calló.....

FFLIPE JUAN ESCOBAR

TOMÁS HERRERA



Dedico este trabajo al Dr. Manuel Patiño, uno de los más humildes, como también uno de los más desinteresados y patriotas de nuestros profesores.

Todo pueblo civilizado tiene en su historia páginas gloriosas y brillantes ocupadas por hombres excepcionales, que ya de un modo, ya de otro, han contribuido al engrandecimiento de la Patria. La pequeña Panamá no se aparta de esta regla y cuenta en sus anales figuras nobles y elegantes, que ya con la pluma, ya con la espada, han demostrado que no es ésta, la tierra de las nulidades y que aquí como en todas partes hay cerebros superiores, que si no se conocen es porque no se les sabe sacar de su inactividad, para exponer a los cuatro vientos su más o menos poderoso talento.

El tipo de los panameños célebres cuya espada y cuyas virtudes cívicas honran a la Patria, es el General Tomás Herrera.

Entre aquellos panameños que en guerras de independencia, supieron mostrar bien pronto el peso de su espada y la fuerza de su talento, se levanta la excelsa figura del General Tomás Herrera.

Nació este ilustre patriota en la ciudad de Panamá el 21 de Diciembre de 1804, varón único de los esposos Juan de Herrera y María F. Pérez Dávila. Su claro talento le hizo admirar bien

pronto las proezas de los dos capitanes del siglo: Napoleón y Bolívar; estando en toda la fuerza de su juventud, en tiempos en que el suelo americano se bañaba en sangre patriota, resolvió contribuir con sus esfuerzos para el alcance de la anhelada independencia, lanzándose a la carrera militar que tantos laureles le reservaba. Con tales propósitos vemos estrenarse al valeroso soldado en la famosa batalla de Junín. Poco después entra nuevamente en acción en la más célebre y gloriosa batalla americana, en el campo de Ayacucho, bajo las órdenes del invicto General Córdoba.

El día 9 de Octubre de 1824 ocupa una de las páginas más brillantes en la vida de Herrera; Si Ayacucho dió fama a Sucre y a Córdoba, también se la dió a Herrera; la pericia y valor de éste le valieron ser ascendido a capitán en pleno campo de batalla y su arrojo y desprecio a la muerte anunciaban ya al héroe que en Cipaquirá y en Tiquisa debía buscar en vano la muerte entre el fuego y la metralla del enemigo, antes de declararse en derrota por primera vez en su vida militar.

Después de Ayacucho, Herrera pasó por todos los grados de la jerarquía militar, no por intri-

gas personales, ni por convenciones partidaristas, sino por sus méritos irrefutables; el pueblo panameño y el partido liberal, que tuvieron en él un servidor desinteresado, supieron aprovechar sus facultades y lo hicieron ascender por todos los puestos administrativos, desde Comandante General y Gobernador del Departamento, hasta Diputado, Senador, Secretario de Estado y Presidente de la República.

Nacido y criado en una época de decaimiento material del país, Herrera no recibió en su juventud una esmerada educación y por esto no se distinguió como tratadista ni como orador elocuente; pero en cambio, la palabra fuerte y electrizante del general comunicaba a los soldados un valor sin límites, y la lógica enérgica y contundente del Senador y hombre de Estado convencía y atraía a sus oyentes.

La vida del General Tomás Herrera es, al decir del Dr. Alfaro, *una línea recta cuyos puntos extremos son el heroísmo y la virtud*. Su espíritu grande no conoció lo que llamamos personalismos de que tanto padecían los hombres de su época; nunca luchó por el triunfo de una persona sino por el triunfo de sus ideas. En un principio peleó por la independencia americana y si después volvió a desenvainar su espada, fue para defender la libertad del pueblo y la ley atropellada.

Este amor e interés por ideales tan liberales y democráticos y el desinterés de sus servicios, le hacen aparecer indiferente a los halagos del mando supremo:

nunca se le vió en el campo por la ambición del poder, y si lo tuvo en sus manos fue porque lo mereció y se lo dieron, mas no, porque lo usurpara o porque llegará a él por la fuerza y la opresión.

Siendo Senador por el Departamento de Panamá, le tocó el honor de firmar, como Presidente del Senado, la Constitución del año 1853, calificada por el Dr. Justo Arosemena de *monumento de nobleza y honradez pública*.

Las grandes prendas morales y cívicas que poseía hicieron de Herrera un gobernante perfecto y un general sin tacha. Es el tipo del guerrero americano, arrojado y atrevido, de un valor excepcional; ataca después de haber concebido el plan, y si la victoria lo acompaña, a diferencia de sus contemporáneos, prohíbe a sus soldados el pillaje y el saqueo, y se muestra magnánimo con los vencidos; esta cualidad, unida a la benevolencia de su carácter, lo hacía admirar hasta de sus adversarios.

No es solamente al valor y al número de sus soldados a lo que debía sus victorias; varias veces dio muestras de táctica militar premeditada: en la Albina de Bique, por medio de hábiles maniobras, consigue arrojar las tropas de Alzuru a unos pantanos y lodazales; más tarde se hace célebre por la habilísima maniobra de retirada de Aberrojal, que le dio cierta superioridad sobre sus contemporáneos; estas dos acciones no eran el fruto de un valor heroico, sino de un plan bien pensado, en el que no entraban como principales factores la fuerza y el valor, sino el talento y la habilidad.

Si Herrera se cubrió de méritos como militar, no menos respeto y admiración merece como gobernante. Acertado en todas sus decisiones, llamaba a colaborar con él a los hombres más conspicuos; por medio de enérgicas medidas aseguraba, en poco tiempo, la autoridad de su gobierno y las libertades del pueblo. Liberal en el sentido más lato de la palabra, no podía sojuzgar a nadie ni podía permitir que otro lo hiciese; por esto lo vemos varias veces, espada en mano, combatiendo contra algún usurpador del poder o contra algún atropello a la Ley.

Sus ideales fueron siempre el estricto cumplimiento de la Ley, la libertad del pueblo, la igualdad y la fraternidad; su vida fue un continuo batallar por el alcance de estos ideales, por los cuales ofreció su vida en holocausto a la patria.

Corría el año de 1854 cuando el General Melo levantó la bandera de la rebelión en Bogotá; estando presos el Presidente y el Vice-presidente, Herrera, en calidad de 1er. Designado, asumió la Presidencia de la República y se retiró al interior con objeto de organizar la campaña contra la dictadura de Melo, cuya victoria había de costarle la vida. Después de los desastres de Cipaquirá y Tiquisa, en los que Herrera dio muestras de heroísmo supremo, el ejército legitimista, rehecho, ataca a Bogotá.

Para cerrar gloriosamente su paso por la vida, sólo faltaba a nuestro héroe y mártir de la Libertad morir por la patria, trágico fin que él se deseaba para *dejar bien sentado su honor mi-*

litar según sus propias palabras. Nuestro General vio cumplidos sus deseos: a la cabeza de sus tropas ataca la ciudad de Bogotá, mas al llegar a una esquina, en el momento en que el combate tocaba a su fin y en que la victoria venía a coronar la campaña, cae mortalmente herido por el certero disparo que desde una casa cercana le dirigió algún enemigo de la Libertad y amante de la tiranía. Herrera fue conducido inmediatamente a la «Quinta de Bolívar» y atendido por los facultativos, pero su muerte era inevitable; sin embargo, no murió inmediatamente, sino 19 horas después de haber sido herido. En ese momento se extinguió la vida de un grande hombre en medio de la admiración y veneración de todos.

La muerte de Herrera fue un gran duelo nacional, pues con él perdió el partido liberal de Colombia un incansable defensor y el más fiel de sus sostenedores. La Nación, en reconocimiento de sus méritos, le concedió el título de «Benemérito de la Patria en Grado Heroico».

Las grandes virtudes y excelencias morales y cívicas de Tomás Herrera pueden resumirse en: patriotismo ante todo, heroicidad en el campo de batalla, justicia y el estricto cumplimiento de la ley, como gobernante y ciudadano; estas cuatro virtudes resumen en sí todas las que un buen patriota debe poseer y a la posesión de las cuales debe aspirar todo el que quiera levantarse honradamente sobre la masa de los ciudadanos.

Pocos, o mejor dicho, ninguno alcanza a elevarse sobre Herrera

en nuestra historia y muy pocos son los que como él han reunido y realizado en su mayor amplitud posible el ideal del buen ciudadano; bien se puede decir, con don Guillermo Andreve y sin recelos de ninguna clase, que Herrera *ha sido en nuestro país la figura más excelsa, prez y orgullo da nuestra querida tierra.*

Dios quiera que la vida agita-

da del General Tomás Herrera quede presente en la memoria del pueblo panameño para que sirva de norma y ejemplo a todos aquéllos que como él busquen el bien de la patria y la felicidad del pueblo.

GALILEO SOLÍS.

Noviembre de 1916.

LA MARIA

(DE JORGE ISAACS)

(*Conferencia escolar, a mis condiscípulos*)

Para decir algo nuevo sobre la María de Jorge Isaacs tendría yo que robar el mágico secreto de la ciencia a Minerva, diosa egoísta e indiferente para con este ambicioso estudiante. La María de Jorge Isaacs es la novela americana por excelencia, es la manifestación más real y más bella de la literatura hispanoamericana en el siglo XIX.

Solamente al contemplar el retrato de este grandioso poeta del amor, adivinamos, presentimos ya lo que es capaz de producir. Su rostro blanco y liguero, con una ancha frente que deja traslucir el ardoroso pensamiento que en ella palpita; los ojos semi-dormidos en el fondo de hondas y oscuras cuencas, revelan en su mirar el tierno sentimiento que acrisola su alma; la boca pequeña cubierta por grandes bigotes que dan al rostro un

aspecto severo; la cabellera ondulante, abundante y echada hacia atrás da al poeta un aire de refinado artista.

La María es el canto al amor ideal, al amor trágico de la tierra.

Si queréis saber si es trágico preguntádselo a Sófocles o a Eurípides, o si no a las víctimas de este mismo amor, y os lo dirán Hemón volviéndose suicida a los pies de la desgraciada Antígona; Clitemnestra bajo la fuerza del deseo, dando muerte a su marido para recibir tranquila las caricias de Egisto, su amante favorito; Medea desempeñando el papel de hipócrita para realizar la terrible venganza que tenía preparada a su marido Jasón que había cambiado sus mimos a otra mujer; nos lo dirá también Romeo traspasándose el corazón al ver rígida, tan pálida,

tan fría y tan bella, tendida en sarcófago frío a su idolatrada Julieta; nos lo dice Efraín al entrar al cuarto de María y encontrar tan sólo sus recuerdos esparcidos en sus secas flores, en sus finos vestidos, en la penumbra de aquel cuarto que aún olía a ella, en el silencio sepulcral y doloroso que todo lo inundaba con hálito de muerte en la casa aquella en donde no ha mucho tiempo todo sonreía a los besos del amor.

En la María bajo la forma libre de la prosa Jorge Isaacs canta y llora, sufre y goza las caricias y desdenes de ese trágico amor que encarnó en María.

En este tristísimo canto que es un prolongado gemido, que es una patética sucesión de suspiros que exhala un herido corazón se relata una triste historia de amor.

Leí la María hace 9 años cuando la lente de la infancia todo nos lo presenta azul, risueño y alegre, cuando nuestros tiernos corazones no saben qué cosa es el dolor, el amor, la realidad; cuando todo es para nosotros una felicidad, pues cualquier desagrado tiene por continuación las tiernas caricias de la madre; en ese entonces, sólo sentí al leer sus páginas la impresión primera de lo que es la dicha y el sufrir.

Pero hoy cuando el deber santo de discípulo me ha obligado volverla a leer para daros una explicación de lo que mi «yo» ha podido asimilar, sinceramente os digo: me pesa haberla leído.....

La desgracia toda de aquel hombre, la siento cernirse sobre

mí, siento que me hiere.....
¿Por qué será? Es que hoy mi joven espíritu ya ha sufrido, ya ama, ha visto y conoce la faz horrible de la negra realidad.

.....
Ya conozco el Cauca y sus bellezas, ya se qué es dicha y qué son tristezas. He viajado con Efraín por el pintoresco valle, con él he cabalgado: Efraín en el Retinto y yo en mi pensamiento; y he cruzado el rumoroso Zabaletas, he nadado con él y he sentido miedo al verme en medio de sus aguas revoltosas, bajo las alas de las sombras la oscurísima noche en que iba en busca del Dr. Mayn; he sentido como él la melancolía de la separación cuando en Bogotá estaba estudiando; he notado como él, gemir de alegría mi alma al contemplar desde lejos las montañas azulosas que semejaban enormes gibas de camellos de inmóvil caravana, que cual inmensa corona circundan el valle; al mismo tiempo que Efraín he aguijoneado mi caballo al ver desde la cumbre de la cuesta cruzar allá abajo las luces que se distribuían en la dormida casa solariega arropada por la oscuridad y la bruma del valle; hemos estado disgustados al tener que estar en las fincas de su padre y no ver los ojos negros y ojerosos de María, al no sentir sus pasos, ya conocidos por instinto, al no respirar el perfume de las rosas y azucenas que en su cuarto siempre ella ponía, al no escuchar la voz angelical de María cuando tan suave y dulcemente decía: Efraín. He gozado de la pasajera felicidad cuando

estuvo Efraín seis meses al lado de María, dicha que cual perfume vago se disipó al soplo de leve brisa tempranera; pasó este tiempo, como pasa todo lo existente en esta vida mudable, deleznable y transitoria.

Los acompañé a sufrir cuando la noticia de la separación se cernió sobre ellos, como el ave negra aquella que tan malos presagios hizo sentir a aquellos dos seres víctimas de la más cruel superstición; velé con ellos al pie de la cama en que yacía su padre adormido por la fiebre que le sacudía el cuerpo, y ayudélos a luchar con él cuando el delirio mostraba a sus ojos enfermos y convulsos el deudor temido que venía ambicioso a cobrarle, hombre desconfiado que venía a llamarle y que él veía destacarse entre la penumbra de su alcoba iluminada por la mortecina luz de una lámpara perezosa y titilante; creí llorar cuando el Destino puso su dedo inexorable entre los dos y obligó a Efraín a partir por segunda vez para Europa.

Y después cuando la muerte inclemente y pérfida cortó sin vacilación la vida de aquella mujer tan bella, tan fiel y tan buena me he sobreecogido de temor al pensar que esa maldita despiadada, haga lo mismo conmigo. Y cambiándome a Londres gocé con Efraín al leer sus cartas; al respirar el aroma finísimo y delicado que ellas traían; al ver los pálidos borrones que había, borrones elocuentes hechos quizá por alguna indiscreta lágrima que se desgranó de sus divinos ojos.

Admiré y sentí lo mismo que

Efraín cuando en su viaje todo lleno de inquietudes, anhelos y tardanzas, viajaba a través de aquella rica región donde la zona tórrida luce orgullosa todas sus bellas desnudeces de hermosa sultana; cuando en aquellos cortos momentos armoniosos en que navegaba por el dormido Dagua, sentía en su alma la sinfonía misteriosa que preludiaban sus ondas junto con la tristeza que vagaba en las coplas regionales que entonaban los rudos marineros de su piragua:

Se no junde ya la luna:
Remá, remá.
¿Qué hará mi negra tan sola?
Llorá, llorá!

Canto que al compás del remo, de los bogas, en el agua, formaba no sé qué música rítmica que hacía palpar más quedo el corazón de Efraín para no perturbar la mansedumbre de tan suavísimas y misteriosas armonías.

Me estremecí de dolor y sufrí acerbamente al acompañar a Efraín desde que en lo alto divisa la ciudad dormida, con sus millares de luces, sobre el blando y fresco cojín que le brinda la rica floración del valle caucano. Y veíase allá al fin de la colina, como centinelas del valle, las esbeltas palmeras, de las que sólo se veía en la inquietud de las sombras crepusculares, las copas que se mecían en el espacio como manchas negras, y después, cuando recorrido este trayecto, lo ví bajar presuroso en el portal de su casa, soltar las riendas a su caballo, tirar las espuelas y entrar como loco en

la oscura casa que la misma naturaleza en esos momentos vestía de luto: serían las siete.

«Pocos pasos había entrado cuando oí un grito y me sentí abrazado.

¡María, mi María! exclamé estrechando contra mi corazón aquella cabeza entregada a mis caricias.

—¡Ay! no, no, Dios mío, interrumpíome sollozando. Y desprendiéndose de mi cuello cayó sobre el sofá inmediato: era Enma. Vestía de negro, y la luna acababa de bañar su rostro lívido y regado de lágrimas.

Se abrió la puerta del aposento de mi madre en ese instante. Ella balbuciente y palpándome con sus besos, me arrastró en los brazos al asiento donde Enma estaba muda e inmóvil.

—¿Dónde está, pues? ¿dónde está? grité poniéndome en pie.

—¡Hijo de mi alma! exclamó mi madre con el más hondo acento de ternura y volviendo a estrecharme contra su seno: ¡en el cielo!

Algo como la hoja fría de un puñal penetró en mi cerebro: faltó a mis ojos luz y a mi pecho aire. Era la muerte que me hería. Ella tan cruel e implacable, ¿por qué no supo herir?.....?»

Después cuando convaleciente Efraín oía de los labios de Emma los últimos pensamientos de María, que siempre fueron hacia él, ya para recomendarle a su hermana que rociara las azucenas y rosas del jardín que mecidas por el viento entraban por la ventana, alcuarto de Efraín; ya para decirle que le entregara el querido dije en el cual se en-

contraban los cabellos de su madre junto con los de él; ya para encargarle que le dijera que había muerto pensando en él, musitando su pálido labio el dulce nombre de Efraín....

También acompañé a Efraín en aquel viaje a la finca, a aquella casa solitaria y triste que había sido el nido de su amor, y que se le presentaba a sus ojos, como se ven los frágiles nidos de las palomas después de fuerte vendaval, aquellos sitios que guardaban aún el aliento de María; aquellas flores que se marchitaban de tristeza porque ya no tenían un pecho palpitante y tibio o una trenzada cabellera en donde lucir sus colores y perfumes; aquel su cuarto en donde yacían los vestidos, las cintas, los perfumes, abandonados por el beso de la muerte; aquel cuarto de Efraín, con su florero sobre la mesa y ahogadas en su fondo las postreras azucenas que cogiera aquella mano blanca y virginal, toda aquella casa que en silencio sepulcral repetía dulcemente a su oído: María..... María.....y él la buscaba y por ninguna parte la veía. Loco convulso por el dolor hubiera deseado en aquel sitio morir.

En medio de aquel martirio cruel que lo rodeaba lo halló Tránsito, la esposa de Braulio e hija de ña Lucía; al ver a Efraín tan pálido y con los ojos hundidos por el llanto, no pudo resistir aquella campesina su emoción y fue a acompañar en su llanto a su querido patrón. Como a las seis Efraín acompañado de Braulio va al cementerio y llega cerca de una tumba, al pie de la cual se levanta una cruz

negra cubierta ya por las madre-selvas y siemprevivas, que que-rían hacer sombra a la niña allí dormida. Al pie de aquella losa Efraín llora, llora intensamente y sumido en el dolor parec allí petrificado, pues ni un movimien-to sacudía su cuerpo y tan sólo se oía el vuelo agonizante de un suspiro que salía de su boca y que se perdía en el triste campo-santo hasta que por fin lo saca de su recogimiento el bullicioso vuelo y el graznar de una ave negra que ha venido a posarse sobre los rígidos brazos de la cruz.....

Efraín alza los ojos, ve, mira y contempla la maldita ave, que

le ha perseguido, lanza una mi-rada como para maldecirla y sa-cudido por inexplicable miedo sale del oscuro cementerio, mon-ta en su caballo y a galope ten-dido se aleja de su corazón y de su alma que vino allí, a enterrar con ella y tan sólo se llevaba el amargo dolor compañero inse-parable de su vida. Corría y en-tre las sombras se escondía, cual fantasma bailarín de los abis-mos.

Al haber acompañado hasta las postrimerías a Efraín, cerré el libro y a solas me sentía su-frir.

LUÍS A. PONCE C.



NOTAS DIVERSAS

De la Secretaría de Instrucción Pública hemos recibido dos importantes folletos: Código Administrativo y Codificación Escolar de Enseñanza Primaria, obras de interés que ponen de relieve nuestro creciente adelanto en el ramo de la instrucción nacional. Agradecemos el envío.

* *

El día 18 de los corrientes ocupó la tribuna del Instituto el doctor Octavio Méndez Pereira, quien leyó su tema «El Quijote», como lazo de unión entre España y la América Latina», tema que mereció un primer premio en los pasados Juegos Florales. Antes de subir el orador a la tribuna, el doctor J. D. Moseote, con una amena improvisación, anunció el acto. La disertación del doctor Méndez fue por demás lucida, hija meritoria de su cerebro vigoroso. Fue muy aplaudido.

* *

Procedentes de la ciudad de Las Tablas se encuentran en ésta las muy cultas y simpáticas señoritas Santos e Isabel Villarreal. Mil felicidades les desea

* *

Se encuentra en el «Hospital Panamá» la respetable señora

doña Josefa T. v. de Reyes, madre de la bella señorita María Cristina Reyes. Deseámosle una pronta mejoría para que pueda regresar de nuevo a su dulce Taboga.

* *

A nuestras manos ha llegado un folletito del señor Juan Rivera R., titulado «Reseña Histórica de la Independencia de Panamá». Este trabajo fue leído por su autor el día 3 de Noviembre en la Sesión Solemne del Honorable Consejo Municipal de David. Muy simpática nos ha parecido su lectura.

* *

Las Sociedades «Cervantes» y «Minerva» celebran una vez más el nuevo triunfo alcanzado por sus colegas de «La Salle». La última velada literaria dada por esta sociedad resultó, como era de esperarse, bella y significativa. Entre los que llevaron la palabra recordamos a los señores Justo Carrasquilla, Fernando Guardia y al joven poeta Salcedo. Clausuró dignamente el acto el doctor Oscar Terán, cuya descripción de la República de Panamá digna es de ser esculpida en mármol o en bronce. El Ilustrísimo señor Obispo de la Diócesis presidió el acto.

A nuestra mesa de redacción ha llegado la revista *Juvenia*, que dirigen los inteligentes amigos Santiago D. McKay y Juan P. Paredes. Revista como ésta, que no trae como otras la caricatura irrisoria de la pedantería, sino el sello de la modestia y de la competencia en asuntos literarios, digna es del aprecio que merecen las cosas meritorias. PRELUDIOS felicita muy sinceramente a su nueva amiga *Juvenia*, a la vez que le desea muchos triunfos en el derrotero que se ha trazado.

* *
*

Con las apreciaciones que sobre el «Tartufo» de Molière escri-

bió nuestro amigo Jorge A. Prieto en el número pasado, abrimos una serie de artículos sobre autores y obras clásicos, con el fin de ofrecer a los lectores de PRELUDIOS el fruto humilde de nuestras cortas luces. Luis A. Ponce C., A. Batista Tejada, Gil Tapia y otros más, serán los continuadores de esta serie.

* *
*

Por motivos de enfermedad acaba de abandonar las aulas nuestro amigo Demetrio A. Porras. Que se restablezca cuando antes son nuestros deseos. Lo hemos nombrado nuestro corresponsal general en Herrera y Los Santos.

